

OBITUARIO

JUAN MUNIZAGA VILLAVICENCIO¹

Juan Munizaga V., murió en Santiago el 21 de febrero de 1996 a los 61 años. Reconocido ampliamente como el más importante antropólogo físico de Sudamérica, Munizaga empezó su carrera profesional en 1953 en el recién creado Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, dirigido entonces por Richard P. Schaedel.

Conocí a Munizaga en 1959 y junto a un grupo de estudiantes del Departamento de Historia de la Universidad de Chile comenzamos a discutir la posibilidad de crear formalmente el Departamento de Antropología. Estábamos soñando con una profesión prácticamente desconocida para un país subdesarrollado como Chile. La idea fue después concretada con investigación creativa y con mucho esfuerzo por un grupo de jóvenes profesores y de entusiastas ayudantes. Munizaga fue el que implementó el *curricula* de antropología física. De ahí en adelante, él acogió a una pléyade de jóvenes estudiantes empeñados en seguir esta nueva especialización con pasión y entusiasmo, la misma pasión que caracterizó toda la vida de Munizaga.

En 1962, Munizaga se nos unió en nuestro primer trabajo de campo relacionado con poblaciones prehistóricas de la zona semiárida de Chile. Analizó y escribió una síntesis de las poblaciones prehistóricas asociadas a agricultura temprana en sitios como Pichasca y El Encanto, incluyendo las bien conocidas culturas Molle y Diaguita.

Como becario de Guggenheim, Munizaga hizo investigaciones extensivas bajo la guía de Thomas D. Stewart en el Smithsonian Institution en 1961-1962. Allí conoció a Clifford Evans, Betty Meggers y Douglas Ubelacker, quienes le dieron nuevas orientaciones a sus investigaciones. Como consecuencia, publicó "Skeletal remains from sites of Valdivia and Machalilla Phases", como parte del libro de Meggers, Evans y Estrada (Eds.) *Early Formative Period of Coastal Ecuador* (1965). En el American Museum of Natural History estudió restos de esqueletos humanos de sitios paleoindios excavados por Junius Bird en la Patagonia. Como resultado de este estudio publicó "Paleoindio en Sud América Restos óseos humanos de las cuevas de Palli Aike y Cerro Sota, Provincia de Magallanes, Chile", *Anales de la Universidad del Norte* 10, 1976. Su asociación con Bente Bittman produjo interesantes investigaciones relacionadas con las momias más tempranas del mundo (Chinchorro) ("The earliest artificial mummification in the world? A study of the Chinchorro Complex in Northern Chile", *Folk* 18, 1976).

Munizaga fue un activo miembro del Programa Paleoindio en Chile, patrocinado conjuntamente por el Smithsonian Institution y el Museo Arqueológico de La Serena. Otro interesante proyecto desarrollado por Munizaga fue su participación en el Precolumbian American Diseases Program (National Geographic Society y Universidad del Norte), así como sus aportes al programa de antropología del Plan Chile-California.

Munizaga condujo también investigaciones en Ecuador, México, Iraq y Dinamarca. Sus contribuciones incluyeron investigación sobre la teoría, origen y evolución de las poblaciones humanas en América, especialmente en Chile, deformaciones intencionales del cuerpo y antropología forense. Sus más recientes estudios sobre paleopatología desde una perspectiva epidemiológica ofrece innovativos puntos de vistas. Esta visión es presentada en sus últimos artículos: "Human skeletal paleopathology in Pre-Columbian populations of Northern Chile" (*Human paleopathology: Current synthesis and future options*, D. J. Ortner y A. C. Aufderheide, Eds., 1991), y "Antropología física de los Andes del sur" (*Prehistoria sudamericana. Nuevas perspectivas*, B. Meggers, Ed., 1992).

Con la desaparición de Juan Munizaga finaliza una notable etapa en el desarrollo de la antropología latinoamericana. Será recordado como el padre de la antropología física chilena.

Mario A. Rivera
(con información de Eugenio Aspillaga)

¹ Publicado en *Anthropology Newsletter* (American Anthropological Association) 37 (6), Sept.: 33, 1996 (trad. del inglés por J. Berenguer).

LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN

Algunas líneas para recordar a un gran maestro

Parece increíble, pero el tiempo, sigiloso, se ha ido infiltrando por mi cuerpo, hasta tocar los huesos, sí, a esos huesos perfectamente homólogos (al menos eso creo) a los que desde hace casi 22 años y por el resto de mi vida profesional he venido estudiando (en otros, por cierto), gracias a la oportunidad que me diera, junto a otros, Juan Munizaga Villavicencio, siempre "Don Juan", de abrir una puerta para conocer sobre ellos y a través de ellos a quienes sostuvieron una fracción de su mundo.

Hasta hace poco el tiempo era sólo una variable. Hacia adelante, incierta, pero prometedora; hacia el pasado un referente para conocer a otros y, circularmente, a partir de ellos al pasado. Hoy tiene para mí otra dimensión, aquella que se descubre cuando alguien falta y no se había dimensionado su importancia, hasta que la muerte diera vuelta una página y nos privara, en este caso definitivamente, de las que hace algunos años fueron para mí las enseñanzas de Don Juan.

El creía firmemente en el proceso de formación de discípulos durante el ejercicio directo de las actividades de la disciplina, en sus distintas expresiones, siempre bajo la mirada crítica del maestro y de su constante enseñanza. Así transcurrieron nuestros días como aprendices de brujo, permanecíamos largas horas, de interminables discusiones, en que las lecciones discurrían en torno a una momia, fragmentos de huesos, una colorida pizarra, incontables tazas de café y una del todo irregular --para los tiempos que corrían-- cancha de rayuela al costado de las dependencias de Antropología Física, en esa memorable dirección de Macul 900, donde recibimos las enseñanzas de Don Juan.

Desde noviembre de 1994 y por algo más de seis años y medio, gran parte de mi vida giró en torno a mi condición de discípulo de Don Juan. Vivíamos el proceso de transformarnos en antropólogos físicos, por una vía heterodoxa ideada por él, convirtiéndonos de paso casi en una secta cuyo líder nos cuidaba como una gallina protege a sus pollos, siguiéndolo nosotros a él como si se tratara de nuestro "Ayatollah". Nos aislábamos del mundo, lo que no dejó de ocasionarnos problemas, pero la orden del maestro era clara: "Así como existe una cortina de hierro o una de bambú, debemos mantener una cortina de huesos que nos aisle de los conflictos con otros colegas o externos que interfieran con nuestro trabajo". Así crecimos y casi sin darnos cuenta nos fuimos transformando, y lo que en un principio era una inquietud por conocer sobre el tema, se fue convirtiendo en clara vocación. Entonces, Don Juan nos "licenció"; había terminado el proceso, "no tenía más que enseñarnos", éramos profesionales y con ese nuevo estatus surgía una nueva relación, más distante, "más profesional" y también la sensación de desamparo, tal vez rabia, por no poder seguir contando con las enseñanzas de Don Juan. Don Juan se equivocó. Aún hoy, mientras enseñamos o estudiamos algún material, podemos descubrir alguna faceta nueva en lo que él nos enseñara o en la humana lección de su distanciamiento. Quizás me equivoqué y no pude descubrir, hasta ahora, esas nuevas facetas de sus enseñanzas.

No habría espacio aquí para relatar las innumerables vivencias de mi proceso de formación como discípulo de Don Juan, tanto en el plano científico, como en el académico, en el ético y en el humano. Pero cómo no recordar su insistencia en conocer a los "viejos", obligándome a memorizar la teoría de Paul Rivet sobre el poblamiento de América o sus casi cotidianos exámenes que comenzaban: "...cuénteme Don Eugenio, ¿qué opina usted de...? ¿y por qué...?, ¿y por qué...?, ¿y por qué...?", y las preguntas se sucedían y derivaban de un tema a otro, partiendo desde el reconocimiento de un oscuro fragmento de hueso, para terminar a veces en el futuro evolutivo de nuestra especie, en la propiedad intelectual o en cualquier otro tema. "Don Eugenio, dé sólo las peleas que sólo valgan la pena, muy pocas lo valen", "...hay algo más que factores ambientales en el proceso de braquicefalización...", "...puede que los análisis de distancia no reflejen claramente los cambios poblacionales...", "...ésta es una tarea para el futuro, para ustedes... tienen que formar más gente...", "...no se metan en peleas de los arqueólogos". Las frases y situaciones reverberan como múltiples ecos de mi memoria y cada recuerdo refresca una de sus enseñanzas. La obra de Don Juan en el plano científico fue grande y transcurrirá algún tiempo para que se la dimensione en su importancia en el marco de la antropología chilena, americana y mundial. Pero también dejó un legado más grande aún como maestro y persona. Su ausencia nos duele, pero también nos hace imperativo continuar con su trabajo, desarrollando una antropología física chilena académicamente sólida, formando nuevos profesionales y así --estoy seguro-- él estaría contento, pues sus enseñanzas no se perdieron.

Eugenio Aspillaga F.